

Fabio Morábito

Emilio, los chistes
y la muerte



EDITORIAL ANAGRAMA
BARCELONA

Diseño de la colección: Julio Vivas y Estudio A
Ilustración: foto © Peter Samuels / Getty Images

Primera edición: marzo 2009

© Fabio Morábito, 2009
© EDITORIAL ANAGRAMA, S. A., 2009
Pedró de la Creu, 58
08034 Barcelona

ISBN: 978-84-339-7188-3
Depósito Legal: B. 4052-2009

Printed in Spain

Liberdúplex, S. L. U., ctra. BV 2249, km 7,4 - Polígono Torrentfondo
08791 Sant Llorenç d'Hortons

... Memoria
hasta que asiste no es pecado. Luego
es letargo de topos, abyección
que cría moho y corrompe...

EUGENIO MONTALE

Mis muertos a los que rezo para que recen
por mí, para mis vivos...

EUGENIO MONTALE

I

Estaba sentado en la orilla del andador con su detector de chistes cuando la mujer de gafas oscuras se acercó para preguntarle si sabía de algún lugar apartado, porque tenía urgencia de orinar. No dijo orinar, dijo «hacer pipí», y bajó la voz al decirlo. Tenía un manojo de margaritas, las mismas flores que él le había visto en los dos o tres encuentros que habían tenido con anterioridad. En un par de ocasiones ella lo había saludado con un movimiento de la cabeza y él, no sin enrojecer un poco, había respondido en la misma forma. Le contestó que, para estar segura de que nadie la viera, tendría que entrar unos metros en la espesura que crecía a un lado de los andadores, pero ella le dijo que tenía miedo de las culebras. Él, entonces, se ofreció a acompañarla y ella le sonrió agradecida, siguiéndolo por el camino de cemento. Llegaron a un sendero de grava, que tomaron hasta llegar a otra vereda, ésta de tierra, que avanzaba entre unos arbustos de gayombas. La vegetación ahí era descuidada y monóto-

na, sin el aspecto ajardinado que tenía en proximidad de los bloques de nichos, y él pensó que estaba cometiendo una imprudencia al apartarse con alguien desconocido. Su madre le repetía continuamente que no aceptara por ningún motivo la compañía de extraños, aun a costa de parecer grosero. Pero ¿podía considerar desconocida a una mujer a quien había visto varias veces llevarle flores a su hijo muerto? Ella, con las margaritas en la mano, caminaba lentamente para no resbalar y él se detuvo a esperarla. El sendero se interrumpió para dejarlos en una suerte de pasillo que cruzaba la roca volcánica, más adelante del cual encontraron una depresión de lava parcialmente cubierta por la maleza.

—¡Aquí está bien! —dijo la mujer, entregándole el manojito de margaritas, y entró en aquella hondura—. ¿Puedes girar la cabeza? —le preguntó y, casi sin esperar que obedeciera, se levantó la falda, se bajó los calzones y se puso en cuclillas para orinar. Exhaló un suspiro de alivio cuando le salió el líquido y tuvo cuidado de no mojarse los zapatos. Orinó largamente mientras contemplaba el lugar. Oculta bajo los arbustos, la lava conseguía abrirse aquí y allá un espacio al sol, relumbrando con un esplendor de mica. Se limpió con un pañuelo desechable y se quedó con las nalgas al aire, como si sintiera placer en esa postura, sin preocuparse por averiguar si él la estaba mirando, luego se subió los calzones, se bajó la falda y buscó con la mirada a su acompañante. No estaba, y lo llamó—: ¡Niño! ¿Estás ahí?

Él asomó detrás de una mata de piraquito, las

margaritas en una mano y el detector de chistes en la otra.

—¡Creía que te habías ido! —dijo la mujer, y al ver que observaba el suelo, seguramente buscando la orina, le ordenó que no mirara—. No me estuviste viendo, ¿verdad? —Él negó enérgicamente con la cabeza—. Dame. —Le tomó las margaritas de las manos, se quitó las gafas de sol para echar una mirada al lugar y, observándolo de nuevo, dijo—: Tú y yo nos hemos visto otras veces. ¿Cuántos años tienes?

—Doce.

—Como mi hijo. Se llamaba Roberto.

—Lo sé.

—¿Cómo lo sabes?

—La semana pasada la vi llevar unas flores a su nicho y me fijé en cómo se llamaba: Roberto Gálvez Ochoa.

—Tienes buena memoria —dijo, mirándolo con detenimiento, y él dijo:

—Nació el mismo año que yo, por eso se me grabó su nombre. Traía usted unas margaritas como éstas y el muchacho de la escalera las colocó en el nicho de su hijo.

—¿Te refieres a Adolfo?

—Sí.

—Veo que vienes seguido al cementerio.

—Casi todas las tardes.

—¿Por qué? ¿No tienes amigos?

—Me acabo de mudar con mi mamá y no conozco a nadie.

—¿Y por qué te gusta venir aquí?

–Busco chistes con mi detector.

Le mostró su vara de metal, un tubo opaco que tenía un foco en un extremo. Ella le preguntó cómo funcionaba, y él le explicó que el foco rojo se encendía en presencia de cualquier chiste que se hubiera pronunciado en los últimos dos o tres días, que era el tiempo promedio de conservación de un chiste a temperatura ambiente. Había lugares, sin embargo, como los cementerios, donde los chistes podían conservarse una semana.

–¡Qué juguetes hacen hoy!

–No es un juguete. Cuando se enciende el foco, quiere decir que la punta de amianto detectó un chiste en el aire, para oírlo se presiona este botón y de las ranuras sale una voz que cuenta el chiste.

–Déjame oír uno.

–Primero hay que encontrarlo.

Ella volvió a echar una mirada alrededor, examinando el lugar.

–Sostén éstas –le dijo, entregándole las flores, y se apoyó en su hombro para quitarse el zapato izquierdo–. Se me metió algo. –Y, al doblarse para sacudir el zapato, le mostró la profundidad de su escote, con los blancos pechos opulentos–. Vamos, no vaya a haber culebras –dijo, calzándose de nuevo, y caminaron hasta llegar al corredor de tierra entre las rocas. Como en la ida, él se detuvo a esperarla, porque caminaba con dificultad en el terreno que seguía los altibajos de la lava, donde formaciones rocosas parecidas a peñascos alternaban con depresiones igualmente incomprensibles. Ella le preguntó si no se aburría en un lugar tan desolado.

–No, porque busco mi nombre –contestó él, y le dijo que, además de buscar chistes con el detector, buscaba su nombre en los nichos del cementerio.

–Eres un niño raro. ¿Cómo te llamas?

Le dijo que no podía decírselo, porque en un cementerio era preferible no pronunciar el nombre de uno hasta no estar seguro de que hubiera en él algún muerto que se llamara igual. De lo contrario, los muertos, para ganar ese nombre que no poseían, intentarían que la persona se muriera. Por eso estaba buscando su nombre en los nichos.

–¿Y todavía no lo encuentras?

–No.

–Creo que me torcí –dijo, sobándose el tobillo, y empezó a caminar más lentamente. Cinco minutos después estaban de vuelta en el lugar donde se habían encontrado y ella le pidió que volvieran a sentarse sobre el pretil de piedra que corría a lo largo del andador. Se descalzó y colocó el pie desnudo sobre el zapato. Mientras se frotaba el tobillo, le preguntó en qué año iba.

–Primero de secundaria. ¿Le duele? –Miró el pie de ella, con las uñas pintadas de rojo.

–Un poco. ¿Y no tienes amigos en la escuela?

–Estoy de vacaciones, no voy a entrar en el nuevo colegio hasta después de Día de Muertos –dijo sin dejar de mirarle el pie.

–Yo sí puedo decirte cómo me llamo, porque he visto mi nombre en un nicho. –Y le dijo que se llamaba Eurídice. Él se concentró unos segundos, bajando la vista:

—Sí, vi su nombre en el bloque trece o en el catorce..., no, en el catorce... Es el tercer nicho de la penúltima hilera, de derecha a izquierda: Eurídice Lozano.

—Me estás tomando el pelo, no puede ser que te acuerdes con tanta precisión.

—Tengo una memoria por arriba del promedio. Cuando un nombre me llama la atención, puedo recordar exactamente dónde lo vi.

Ella lo observó algo intimidada:

—¿Y por qué mi nombre te llama la atención?

—Por la historia de Eurídice y Orfeo, cuando él baja al mundo de los muertos para rescatarla. ¿Se acuerda?

—No.

—Orfeo amaba a Eurídice —dijo él—. Ella muere, y los dioses, que quieren mucho a Orfeo, le dicen que podrá bajar al mundo de los muertos para traerla de vuelta a la vida. A nadie más le han permitido hacer eso. Pero le advierten que cuando traiga a Eurídice de regreso, no vuelva la cabeza para mirarla hasta que ella esté a salvo bajo la luz del sol. Orfeo baja al mundo de los muertos y cuando Eurídice lo sigue por el oscuro pasadizo, le entra la duda de si ella lo está siguiendo de verdad, gira la cabeza y la pierde para siempre.

—¿Quién te contó esa historia?

—La leí, es de la antigua Grecia.

—Lees muchos libros, ¿verdad? Tienes cara. Roberto no leía nunca, sólo le gustaba jugar fútbol. —Y se ensombreció al decirlo, como si se reprochara no haberle dado una mejor educación a su hijo.

Pareció acordarse de que tenía el pie al aire y vol-

vió a introducirlo en el zapato, justo en el momento en que algo en el suelo atrajo su vista:

—¡Hay hormigas! —Y señaló una hilera de hormigas que se desenrollaba a lo largo del punto de unión entre el suelo y el pretil de piedra. Empezó a aplastarlas y, con el movimiento de la pierna, la falda se corrió arriba de la rodilla, mostrando el grosor del muslo, que él observó unos segundos antes de apartar la mirada. Ella se levantó para ver si las hormigas no habían llegado donde estaban sentados, no vio ninguna, volvió a sentarse y se quedó quieta, observando la hilera que se desenvolvía en el cemento, con las margaritas colgándole de la mano. De golpe, había perdido su brío. Giró la cara hacia él y le dijo—: No había escuchado esa historia. Es muy triste. Si ese señor..., ¿cómo se llamaba?

—Orfeo.

—Si Orfeo no hubiera girado la cabeza, Eurídice se habría salvado.

—Le entró la duda —dijo él.

—A lo mejor no oyó los pasos de ella.

—Sí, los muertos no hacen ruido. Pero le habían advertido que no volteara, y él desobedeció.

Ella volvió a fijarse en las hormigas. La hilera procedía su marcha ordenada, pero de pronto alguna hormiga se separaba del grupo para inspeccionar el cadáver de una de las que habían sido aplastadas. Al parecer había hormigas más curiosas que otras o, tal vez, en el mundo superorganizado de las hormigas, algunas eran especialmente encargadas de examinar a las compañeras sin vida, para que las otras no se distrajeran. Era

una inspección brevísima, la hormiga curiosa se reintegraba al grupo y la víctima no volvía a recibir otro tipo de atención. Ella salió de su ensimismamiento para pedirle que la acompañara a dejar las flores en el nicho de su hijo.

—No quiero estar sola con Adolfo, es un chico fastidioso —explicó.

Él dijo que no tenía nada que hacer y que podía acompañarla. Caminaron en la dirección opuesta a la que habían tomado para ir a la hondonada. De repente ella se detuvo para preguntarle si podía abrazarlo, él no entendió y ella lo apretó contra su pecho, separándose enseguida.

—Tienes la misma altura de mi hijo —dijo. Se le habían humedecido los ojos y se rió nerviosa.

El joven que depositaba las ofrendas estaba sentado con su escalera apoyada contra un bloque de nichos. Oyó sus voces y se dio la vuelta, tiró el cigarro que tenía en la boca y movió la escalera, apoyándola contra el nicho situado en un extremo de la hilera superior. La saludó sólo a ella, luego tomó las margaritas y trepó hasta arriba, sacó unas margaritas mustias del florero empotrado y las tiró al piso sin ninguna consideración, puso el nuevo manojo en el florero, que compuso con unos cuantos retoques, descendió, retrajo la parte extensible de la escalera y se cargó ésta en el hombro. Ella, que había sacado el monedero de la bolsa, le dio unas monedas, que el otro agradeció con un gesto, después de lo cual se dio media vuelta y se alejó, sin ocuparse de las margaritas que había tirado en el piso.